



Vista de Neuchâtel.

dazo de pudding encendido en la boca, y tanto hubiera valido tragar las ascuas de Porcia. No hay palabras con que haceros comprender semejante agonía: los ojos se saltaban de sus órbitas, y daba una especie de rugido nasal, que por fuerza debia ser desgarrador al oido. Por fin, á despecho de mi resolucion, de mi valor y de mi vergüenza, me vi obligado á arrojar en el plato la causa primera de mi tormento. Sir Tomas, su muger y sus hijas, experimentaban, lo veia bien, una compasion real por mi infortunio, y buscaban algun remedio, porque tenia el interior de la boca completamente quemado: el amo proponia el aceite comun, otro agua, y un tercero, que era todavia miss Dinah, afirmó que lo mejor era el vino blanco en tales circunstancias. Adoptó la mayoria esta opinion, y al momento me trajo su criado un vaso lleno del licor pedido. Por obediencia, mas bien que por conviccion, me lo llevé á la boca, y lo llevé maquinalmente, pareciéndome que habia puesto vitriolo en mis quemaduras; pues, fuera por chanza ó por equivocacion, el despensero me habia enviado un vaso de aguardiente el mas fuerte. Como no estaba acostumbrado á licores fuertes, no podia tragar aquel gargarismo infernal, que me abrasaba la lengua y el paladar, y conoci, que á pesar mio, iba á arrojar el aguardiente, lo mismo que lo habia hecho con el pudding. Llevé ambas manos á la boca y las crucé convulsivamente sobre mis labios, pero el liquido impelido por las convulsiones de la naturaleza, se lanzó violentamente á través de mis dedos como al través de los agujeros de una regadera, y roció á las señoras y todos los platos de la mesa. Resonaron al punto por todas partes grandes carcajadas, y en vano sir Tomas reprendió á sus criados y lady Burdett á sus hijas. Yo mismo conocia que era imposible no reirse, y esta conviccion aumentaba todavia mi martirio: subióseme á la cabeza el sudor de la vergüenza, sentia destilar una gota de agua de cada uno de mis cabellos, y entonces perdi completamente el espíritu. Para poner fin á aquella intolerable transpiracion, saqué mi pañuelo del bolsillo, y sin acordarme ni ver que aun estaba todo empapado de la tinta del Xenofonte, me enjuagué con él la cara, que al punto se halló embadurnada de negro en todas direcciones. Entonces ya nadie pudo contenerse: lady Burdett se dejó caer casi desmayada de risa sobre su silla: sir Tomas cayó en convulsion sobre la mesa, y las hijas casi se ahogaban. En aquel momento dirigí mis ojos á un espejo que tenia delante, me vi.... Conoci que todo estaba perdido, me lancé desesperado fuera del comedor, me precipité en el jardin: en aquel momento volvia sir Enrique: viendo huir un hombre á todo correr, me tomó por un ladrón y corrió tras de mí gritándome que me detuviese; pero la vergüenza me daba alas, salté el foso como un gamo espantado, y atravesando campos en linea recta, sin seguir ca-

mino alguno trazado, me dirigí hácia Williams-house, y vine á caer jadeando, muerto de fatiga y sin fuerzas á la puerta de mi quinta.

Estuve enfermo tres meses, durante los que la familia de Sir Burdett tuvo el buen gusto de no enviar ni un recado para saber de mi salud. Apenas pude levantarme hice traer un carruaje con caballos de posta, y abandoné la Inglaterra sin despedirme de nadie, llevando conmigo por único consuelo, este pedazo de velo que conservaré toda mi vida, y que quiero coloquen en mi féretro despues de mi muerte.

Ahora ya adivinareis por qué me habeis visto el otro dia bajar tan rápidamente el Righi, y es que supe á la mitad del camino que entre los viajeros que me precedian habia un compatriota que podria conocer mi nombre y mis aventuras. Ved aqui la vida que llevo; huyendo siempre de toda sociedad, devorado por la idea de que todas las desgracias las debo á mí mismo, y agobiado por la conviccion de que no hay felicidad posible para mí en este mundo.

Desgraciadamente no habia nada que replicar á esto. Esto era claro como el dia y cierto como el Evangelio. En su consecuencia, en vez de perderme en vulgaridades filosóficas, hice traer un segundo bol de ponche, y al cabo de una media hora, tuve la satisfaccion de ver á sir Williams, si no consolado, al menos fuera del estado de sentir momentáneamente toda la estension de su desventura.

ZURICH.

Al dia siguiente muy temprano entré en el cuarto de sir Williams, y le encontré profundamente aterrado. El remedio de la vispera habia producido un efecto enteramente contrario al que yo aguardaba. Sir Williams tenia el ponche triste, y no habia mas que hacer que dejarle morir tranquilamente del esplin.

—¡Hola! me dijo al verme y tendiéndome los brazos: ¿sois vos, querido amigo? ¿con que no me habeis abandonado?

—¡Cómo abandonado! me parece que todo al contrario, os he sacado de debajo de la mesa cuando el exceso de vuestras desgracias os han hecho rodar de vuestra silla, os he metido tiernamente en la cama y os he deseado todos los sueños que debieran salir esta noche por la puerta dorada. No podia hacer mas.

—Si, podiais hacer mas, y acabais de hacerlo; podiais volver esta mañana á verme, y habeis vuelto. ¿Consentiriais en continuar el viage conmigo?

—¿Cómo si consiento! sin duda: en primer lugar tenéis un excelente carruaje, luego, cuando no estais cortado no careceis de talento, y por último, bajo todos aspectos me pareceis un excelente compañero de viaje. Caminaremos mientras haya tierra que nos sostenga, y cuando no la haya tomaremos un buque.

—¡Gracias! si hay un hombre que pueda salvarme la vida sois vos.

—No deseo otra cosa.

—Así saldremos de Lucerna hoy.

—Entendámonos: es preciso separarnos momentáneamente.

—¿Pues cómo?

—Tengo una visita que hacer.

—Yo la haré con vos.

—Imposible, amigo mio; voy á ver á un valiente jóven que acaba de batirse con uno de vuestros compatriotas que le habia alojado dos balás en el pecho, y á quien ha muerto; de modo que, en el estado en que se halla, si viese á un inglés.... ya veis, con eso de que habeis hecho morir á su emperador, sería capaz de causarle un trastorno.

—Ya comprendo.

—Así, os vais á Zug, mañana nos reunimos, y soy enteramente vuestro en lo restante del viaje, con tal que vayais á donde yo quiera.

—Iré á cualquier parte, yo no voy á punto determinado.

—Pues bien, no hay mas que hablar; hasta mañana en Zug.

—Y qué, ¿no tomareis el té conmigo?

—Si, á condición de que yo os lo he de ofrecer.

—Comprendo que quereis que alternemos.

—Si, mucho.

—Pero yo tengo un excelente té como no lo encontraréis en toda la Suiza.

—A esto no tengo réplica que oponer; tomemos el té.

Tomado el té, me acompañó sir Williams hasta el puerto, nos citamos por última vez para Zug, y en seguida saltamos Francesco y yo en la barca que nos aguardaba. Dos horas despues nos hallábamos en Küsnach.

Me informé del dueño de la posada de la salud del herido; se hallaba muy próximo á la convalecencia. Diéronme las señas de su cuarto, subí á él, y empujando con cuidado la puerta, entré sin hacer ruido. Estaba en la cama y dormía en brazos de Catalina, que se hallaba sentada junto á él, cuyo pesar y vigilias revelaban su palidez. Le hice señas que no despertase al enfermo, y me senté junto á una mesa para escribir mi nombre. Entre tanto abrió él los ojos y me reconoció.

—¿Cómo! ¡vive Dios! me dijo, ¡sois vos y no me despertan! ¿en qué estabas pensando, Catalina?... Mira, ese es mi mejor amigo, abrázale por mí, querida, tráele aquí, junto á la cama, y dejáncos hablar un rato, y cuando vuelvas á subir no olvides una taza de cal-

do de pollo, comienzo ya á tener apetito. Catalina, religiosa observadora de las órdenes de Jollivet, vino á presentarme su mejilla, me llevó junto á su amante y se fue.

—¿Con que habeis vuelto á pensar en mí? está muy bien; gracias, me dijo Jollivet. Ya veis que esto va mucho mejor. ¡Ah! ¿os quedais hasta la boda?

—¿Cómo hasta la boda? ¿pues quién se casa?

—Yo.

—¿Y con quién?

—Con Catalina.

—Y bien, os doy la enhorabuena, sois un excelente hombre.

—Y aun es poca recompensa para lo que la debo, particularmente despues de lo mucho que me ha cuidado. ¿Querreis creer que aun no se ha desnudado una sola noche siquiera? duerme sentada en ese sillón en que estais, y con la cabeza en mi almohada. Cuando digo que duermo, no duermo, porque cuantas veces me despierto la encuentro con los ojos abiertos.

—Estará muy dichosa con vuestro proyecto.

—Aun no la he dicho nada; esta es una resolución que yo he tomado entre mí. Así, mirad dentro de quince dias, segun dice el médico, ya estará levantado; dentro de tres semanas puede quedar hecho todo; quedaos hasta entonces ó volved. Si es preciso esperaros, se os esperará.

—Imposible, querido amigo. ¿Dónde estaré yo dentro de tres semanas? Ni un mes me queda á mi que permanecer en Suiza; me llaman con urgencia de Francia. Yo no coloco como vos muestras de mis dramas en el extranjero, y así tengo obligacion de hacer mi despacho en mi domicilio.

—¡Bah! bah! bah! ¿qué son quince dias mas ó menos? ¿Con que consentisteis en ser testigo de mi desafío, y os negareis á serlo de mi casamiento? Además, con que os aguardáreis únicamente cinco ó seis meses, podriais todavía ser padrino. Mira, Catalina, continuó Jollivet dirigiéndose á su querida que entraba con una taza en la mano, ayúdame.

—¿A qué? respondió Catalina.

—A hacerle que se quede hasta la boda.

—¿Hasta qué boda?

—Hasta la de Catalina Frantz y Alcides Jollivet, que si no hay impedimento por parte de la futura, se hará antes de un mes á fe de hombre de honor.

Catalina dió un grito, dejó caer la taza, y fué á echarse medio desmayada sobre la cama de Jollivet.

—Y bien! ¿qué es eso? ¿qué tienes? ¿estás loca?

—¡Oh! exclamó Catalina, con que mi hijo ya tendrá padre!... El cielo te bendiga, Alcides, por el bien que me haces. Dios sabe que jamás te hubiera pedido semejante cosa, pero sabe tambien que así que te hubieras ido yo habria muerto. ¡Ah! Señor, Señor, ¡cuán gran-

de, cuán bueno, cuán misericordioso sois!

Dijo Catalina estas últimas palabras con tanto reconocimiento, con tan profundo fervor, y tan conmovida voz, que se agolparon las lágrimas á mis ojos. Jollivet quiso écharla de hombre fuerte, pero triunfó la naturaleza y llorando echó sus brazos al cuello de Catalina.

—Adios, hijos míos, les dije acercándome á ellos. Tendreis mil cosas que deciros; yo os dejo, sed muy felices.

—¡Diablo! exclamó Jollivet, declaro que me faltará algo si no asistís á mi boda.

—¡Oh! volved, me dijo Catalina. Ya me habeis traído una vez la dicha, pues en vuestra presencia me ha dicho lo que acaba de decirme: volved y me la traereis todavía.

—Imposible, amigos míos, todo lo que puedo hacer es pasar lo restante del dia con vosotros.

—Entonces, dijo Jollivet, tomando su partido, de un mal pagador es preciso sacar lo que se pueda. Encarga la comida, Catalina, y cuida de que salga buena.

—¡Pero tenemos tiempo! yo voy á dar una vuelta, quedaos juntos; dentro de una hora volveré.

—¡Bien! marchaos; tenéis razon de que tenemos necesidad de estar solos un instante.

Volví á la hora dicha, pasé el resto del dia con aquellas excelentes gentes, y no sé si el cielo vió jamás dos corazones mas felices que los que yo dejé palpitando uno sobre el otro en aquella miserable posada de Altea.

Al partir de Küsnach, fui obligado á tomar otra vez un camino ya conocido, y volver á pasar por el mismo barranco de Guillermo Tell. En Inmensea me despedí de la cuna de la libertad suiza, y tomé una barca para Zug, á donde llegué al cabo de una hora de travesía. Entré á parar á la fonda del Ciervo, donde habia citado al inglés, pero como se habia visto obligado á dar la vuelta al lago por Cham, no habia llegado todavía.

Aguardándole subí á la azotea de la posada, desde donde se descubre un punto de vista magnífico, que se sumerge primero en el lago que resplandece al Mediodía como un mar de fuego, se alarga á la derecha sobre la Suiza de las praderas, se prolonga hasta perderse de vista tras de Cham y de Bounas, tropieza á la izquierda con las masas colosales del Righi y del Pilato, que parecen dos gigantes guardando un desfiladero, y despues desliziándose por entre su base, se hunde en el valle de Sarnen que cierra el Brunig, sobre el cual se lanzan en agujas blancas y de encages calados las agudas y nevadas cimas de la cordillera de la Yungfrau.

Llevando humildemente mis ojos de este magnífico espectáculo, y sobre el camino real, divisé el carruaje de sir Williams, que caminaba pausadamente arrastrado por sus dos caballos de lujo, y el cochero con librea. Até al

momento mi pañuelo á la punta del baston de camino, y le hice flotar cual una bandera: no tardó en ser visto, y sir Williams contestó haciendo poner sus caballos al galope. Cinco minutos despues se hallaba conmigo, y detrás de él vino el posadero con pretesto de preguntarnos á que hora queriamos comer, pero para ver si estábamos dispuestos á oírle la catástrofe de la sumersión en el lago de una parte de la poblacion. Como nosotros teniamos tanta gana de escuchar esta relacion, como él de hacerla, pronto se arregló la cosa.

El invierno de 1435 habia sido tan frio, que á escepcion de la cascada de Schaffausen, se heló todo el Rhin desde Coira hasta el Océano. Todos los lagos que contenian agua mansa ofrecian una superficie tan sólida como la del suelo. El mismo lago de Constanza, el mayor de todos los de la Suiza, fué atravesado á caballo y en carros; con mucha mas razon los de Zug y Zurich que apenas tiene el uno la octava y el otro la cuarta parte de su estension. Entonces bajaron hasta las ciudades, los animales de las montañas, y las autoridades prohibieron matar la caza, excepto los lobos y los osos. Permanecieron en este estado las cosas unos tres meses, cuando comenzando el hielo á derretirse, se notó que la tierra se abria profundamente en varios parages, y sobre todo en la parte de la poblacion mas próxima á la orilla. Hacia la tarde dos calles enteras y una parte de los muros se separaron del resto: resbalaron rápidamente en el lago y desaparecieron; sesenta personas que no habian creído el riesgo tan próximo, permaneciendo en sus casas amenazadas, desaparecieron con ellas.

De este número fué el primer magistrado y toda su familia, á escepcion de un niño que se encontró al otro dia flotando, como Moisés, en una cuna. Este niño fué luego landman del canton y conservó este empleo hasta la edad de ochenta y un años. Nos aseguró el posadero, que á cierta hora del dia, cuando el sol dejaba de inflamar el lago, se descubria aun á unos cuarenta pies debajo del agua limpia y azul, restos de murallas y entre ellos una torre. En cuanto á este hecho, tuvimos que fiarnos de su palabra, no habiendo sido nuestra mirada muy penetrante, al parecer, para divisar hasta tal profundidad.

Teniamos aun dos horas largas antes de comer, segun nos dijo el huésped, y así las empleamos en reconocer la ciudad. Nuestra primera visita fué al arsenal.

Como casi todos los arsenales de Suiza, contiene armas y armaduras curiosas, algunas de ellas históricas. Reliquias sobre las que vela secretamente el amor nacional, y que no han llegado todavía á diseminarse en los gabinetes de los aficionados, las ofertas de los preñados desesperados de verse rechazados ante los recuerdos que las ligan con las ciudades en que se encuentran. Una de estas reliquias es

la bandera de Zug, teñida aun con la sangre de Pedro Colin y de su hijo, que se hicieron matar defendiéndola el año 1422 en la batalla de Bellimone.

Al salir del arsenal entramos en la iglesia de San Oualdo; no ofrece nada notable mas que un grupo, ó por mejor decir tres estatuas muy sencillas, Santa Cristina mártir, Santa Apolonia y Santa Agueda; Santa Apolonia tiene en una mano una tenaza con un diente, y Santa Agueda un libro sobre el que presenta á la piedad de los fieles los dos pechos cortados de la virgen.

A algunos pasos de esta iglesia se eleva la de San Miguel, que está contigua al cementerio. Desde Altorf me habian hablado ya del cementerio de Zug. En efecto, jamás he visto un lujo semejante de cruces doradas; parece aquello la música de un regimiento. Pero lo que acompaña á tantos metales son las flores que entre ellos se entrelazan. Estoy cierto de que jamás cementerio alguno ha inspirado menos ideas tristes; mas bien se creeria fácilmente que todas las sepulturas son canastillos preparados para bautizos y bodas, mas que lechos funerarios en que duermen los huéspedes de la muerte. He visto niños que corrian como abejas de un sepulcro á otro, y que salian con sus cabezas adornadas con las rosas y claveles que habian brotado sobre el sepulcro de su madre.

A unos veinte pasos, debajo de un cobertizo á que se da el nombre de capilla, se ofrece á los ojos del viajero un espectáculo enteramente opuesto, un osario en cuyos estantes se hallan colocadas sobre quinientas calaveras unas encima de otras. Cada una de estas calaveras descansa sobre dos huesos cruzados, y sobre estos cráneos que han tomado el amarillento tinte del máfil, hay un pequeño rótulo pegado con gran cuidado, que conserva el nombre, é indica el estado de la persona á la que pertenecian aquellos restos.

¡Qué mina de chistosas chanzas hubieran encontrado allí los enterradores de Hamlet!

Como vistas estas maravillas una vez, no ofrece Zug otra cosa particular, nos volvimos á la posada en donde con gran chasco del fondista, dió sir Williams á su cochero la orden de tener enganchados los caballos, que no habian andado mas que cuatro leguas por la mañana, para llevarnos á Horghen despues de haber comido; así aborrábamos media jornada, y podiamos estar al dia siguiente á las once en Zurich. La ejecucion siguió al proyecto inmediatamente, y tres horas despues de haber dejado el lago de Zug, resplandeciente con los últimos rayos del sol, descubrimos á través de las hojas de los árboles, el de Zurich, estremecido por la brisa de la tarde y plateado por el resplandor de las estrellas.

Nada nos detenia en Horghen, especie de puertecillo que sirve de pósto á las mercan-

cias de Zurich que pasan á Italia por el San Gotthardo. En su consecuencia partimos al amanecer, segun estaba convenido, y despues de haber seguido el delicioso camino que costea por la derecha la orilla del lago y por la izquierda la base del Alvis, llegamos á medio dia á Zurich, que se intitula modestamente la Atenas de Suiza.

Esto consiste de que en esta ciudad nacieron los ciento cuarenta poetas cuya lista muy completa y muy ignorada trae Rogerio Manes, el Mecenas del siglo catorce: verdad es que en el diez y ocho se han agregado los mas conocidos nombres de Gessner, Lavater y Zimmermann.

Los zuriquenses se hacen notar en general por una curiosidad sencilla, que al principio sorprende, porque se toma por indiscrecion; despues muy pronto notais que tiene su origen en esa honradez franca que no teniendo nada que ocultar á los demas no admite que los demas puedan tener secreto para nosotros.

Mientras almorzábamos, hablando en italiano, tuvimos un ejemplo de esto.

Un honrado habitante de Zurich con vestido de color de castaña, calzon corto y media listada, con sombrero de grandes alas, hebillas en los zapatos, y una gran cadena de reloj en su bolsillo, se levantó del rincon de la chimenea en donde se hallaba sentado, dió algunos pasos hácia nosotros, se detuvo para mirarnos á todo su sabor y placer, y despues se puso á medir la habitacion de lo largo á lo ancho, echando una mirada sencillamente curiosa sobre sir Williams y sobre mi cada vez que pasaba por junto á la mesa; verdad es que aunque comiamos en la misma mesa, formábamos singular contraste.

En fin, ya no pudo contenerse mas, y parándose justamente frente á nosotros, apoyó sus dos manos sobre el puño de su baston, y sin mas preámbulo

—¿Quiénes sois? nos dijo en francés.

Nos sorprendió la pregunta en un pais en donde se viaja sin pasaporte, y estuvimos un rato sin contestar, dudando se nos hubiese dirigido á nosotros; el zuriqués se impacientaba de nuestro silencio, é indicando con un meneo de cabeza que á nosotros nos dirigia la palabra

—Os pregunto que quienes sois, continuó.

—¿Quiénes somos nosotros? respondí yo.

—Si, vosotros.

—¡Pardiez! somos viajeros. *Will you á wing of this fowl*, proseguí en inglés para desorientar á nuestro hombre ofreciendo un alon de polla á mi compañero.

—Yes, very wel I thank you, me respondió Williams alargándome su plato.

Quedóse cortado el zuriqués oyendo este nuevo lenguaje que no entendia; reflexionó un instante, pasándose la mano por la barba, y luego volvió á recorrer con mesurado an-

dar la linea que habia adoptado. Por último, parándose otra vez.

—¿Y por qué viajais? nos preguntó.

—Por gusto, respondi yo.

—¡Ah! ¡ah! contestó el zuriqués, echando á andar otra vez. Luego volvió á pararse.

—¿Con que sereis rico?

—¿Quién, yo...? le contesté, no pudiendo volver del asombro que me causaba aquella serenidad.

—Si.

—¿Me preguntais si soy rico?

—Si.

—Pues no, señor, no soy rico.

—Pues si no sois rico, ¿cómo os componeis para viajar? porque en los viages se gasta mucho dinero.

—Verdad es, respondíle, sobre todo en Suiza, en donde los fordistas son algo ladrones.

—¡Hum! hizo el zuriqués volviendo á su paseo.

—Pero en fin, ¿cómo os gobernais? continuó parándose otra vez.

—Toma, gano algun dinero.

—¿En qué?

—En qué!

—Si.

—Y bien! por la mañana, cuando me siento bien dispuesto, cojo una pluma y un cuaderno de papel, escribo cuantas ideas tengo en la cabeza, y cuando esto forma un tomo ó un drama, lo llevo á una libreria ó á un teatro.

El zuriqués dejó caer su labio inferior en señal de desprecio, y se puso á medir la habitacion reflexionando al parecer muy profundamente en lo que yo le habia dicho, y luego, repitiendo el mismo juego de escena prosiguió:

—¿Y cuánto os viene á producir eso al año?

—Uno con otro de veinte y cinco á treinta mil francos.

El zuriqués me miró un instante fija y socarronamente para asegurarse de que no me burlaba de él, y luego, como el enfermo de aprension, volvió otra vez á pasear murmurando:

—¡Veinte y cinco á treinta mil francos! ¡hum!... ¡veinte y cinco á treinta mil francos! ¡hum!... ¡hum!... sin mas inversion de fondos que papel y una pluma... ¡hum! ¡hum!... ¡hum!... ¡linda cosa, muy linda, sumamente linda!...

Paróse otra vez, y me preguntó:

—¿Y vuestro compañero?

—Tiene cien mil libras de renta.

Y tornó el zuriqués á pasear hasta la tercera vuelta que se paró como esperando que nosotros le hiciéramos tambien algunas preguntas: pero viendo que nos habiamos puesto otra vez á comer pollo y hablar en italiano:

—Yo, dijo, me llamo Fritz Haguemann, tengo cinco mil trescientos francos de renta, una muger con quien me casé por inclinacion, cuatro hijos, dos varones y dos hembras, soy

ciudadano de Zurich, y estoy abonado en la biblioteca, lo que me da derecho á sacar de ella los libros.

—¿Y teneis tambien derecho para acompañar á ella á los extranjeros?

—¡Yo lo creo! dijo el ciudadano paboneándose, y los que yo acompañe, ya pueden jactarse de que serán muy bien recibidos por el bibliotecario Mr. Orell, ó por su segundo Mr. Horner.

—Pues bien, le dije, mi querido señor Haguemann, supuesto que ya nos conocemos como si fuésemos amigos diez años ha, ¿no podríais en obsequio de la amistad acompañarme á la biblioteca? deben existir en ella tres cartas autógrafas de Juana Gray á Bullinger, y una de Federico á Müller, que me alegraré mucho leer.

—¿Y cómo sabeis todo eso?

—¿Cómo lo sé? Es que un amigo mio, un sabio, lo que no le impide ser un hombre de bastante talento, escepcion que le hace desmerecer algo entre sus compañeros, Buchon, ¿le conoceis? os lo nombro porque os gusta que os pongan los puntos sobre las i i.

—No le conozco.

—No importa. Pues bien, Buchon ha venido el año pasado á Zurich, leyó esas cartas y me habló de ellas.

—¡Ah! ¡ah! ¡bien! ¡bien! decid, ¿me las haréis ver, no es verdad?

—Con muchísimo gusto; y celebraré infinitamente haber venido de Paris para esto.—*Le/ us go, sir, are you coming?* dije al levantarme.

—Yes, respondió sir Williams.

Nos encaminamos á la biblioteca conducidos por nuestro respetable introductor.

No nos habia mentado ni sobre su influjo ni sobre la amabilidad de Mr. Horner. Nos mostró cuanto la biblioteca de Zurich poseia de mas curioso, es decir, una parte de la correspondencia de Zwingle, manuscritos de Lavater, tres cartas de Juana Gray, demasiado largas para reproducirlas aqui, y una de Federico, muy original y muy corta que pondremos á la vista de nuestros lectores. Fué escrita con esta ocasion.

El profesor Mr. Müller publicó en 1784 con el cuidado y la religion de un verdadero alemán, una coleccion de antiguas canciones suizas, sencillas y vigorosas como el pueblo que las cantaba. El editor, á quien es preciso no confundir con el historiador J. de Müller, obtuvo de Federico el Grande permiso de dedicarlas aquellas canciones nacionales, y se las envió creyendo causarle un gran placer; pero este era un género de literatura que el rey filósofo apreciaba medianamente, de modo que contestó á Mr. Müller la carta siguiente.

«Sabio querido y fiel: juzgais demasiado favorablemente esas poesias de los siglos doce trece y catorce que han visto la luz pública por vuestra diligencia, y creéis tan dignas de enriquecer la lengua alemana; á mi parecer

no valen un cartucho de pólvora, y no merecían ser sacadas del olvido en que yacían sepultadas. Lo cierto, si, es, que en mi biblioteca particular no toleraré tales necedades, y antes las tiraré por la ventana. Así, el ejemplar que me enviáis, aguardará tranquilamente su suerte en la biblioteca pública, y en cuanto á saliros garante de muchos lectores, es lo que á pesar de toda su benevolencia por vos no podrá garantirós vuestro rey.—FEDERICO.»

LOS MUDOS QUE HABLAN Y LOS CIEGOS QUE LEEN.

Al salir de la biblioteca nos fuimos á visitar el hospicio de los sordo-mudos, fundado por Mr. Scher. Algunas conversaciones por señas que yo habia tenido antes de marchar con un joven de gran talento, sordo-mudo, y profesor en el Instituto Real de París, me habian familiarizado con las tentativas hechas hasta este dia para mejorar el estado de aquellos infelices, y llamarlos á tomar su parte en los bienes que promete la sociedad y en los deberes que impone. Ese mismo habia tenido la complacencia antes de mi salida de París de darme algunas notas con este motivo, rogándome examinára con cuidado el Instituto de Zurich, en donde me habia asegurado que se habia conseguido hacer hablar á los alumnos. Me valgo hoy de aquellas notas para dar á mis lectores algunos detalles bastante curiosos, y bastante ignorados, creo, sobre esta singular y excepcional educacion (1).

En Esparta estaban colocados los sordo-mudos en la clase de los seres incompletos ó deformes á quienes era inútil dejar vivir, pues no podian servir de ninguna utilidad á la república. En su consecuencia, tan pronto como se echaba de ver su enfermedad, eran entregados á la muerte. En Roma, las leyes los desheredaban de una parte de los derechos civiles: los declaraban inhábiles para administrar sus bienes, les daban tutores y los separaban de la sociedad. La religion cristiana todo amor y caridad, reconoció hombres en estos infelices seres, á quienes, avara la naturaleza, no habia dado mas que tres sentidos, y les abrió los claustros donde comenzaron á recibir los primitivos gérmenes de educacion; sin embargo, era una educacion muy

(1) Este joven es Mr. F. Bertier, que ha debido á sus conocimientos especiales en la materia el honor de ser elegido por el Instituto histórico, para formar una memoria sobre la educacion de los sordo-mudos de todas épocas y de todos los países.

grosera é imperfecta, pues un autor del siglo XV cita como una maravilla á un sordo-mudo que ganaba su vida tejiendo redes para pescar.

Pedro de Ponce, benedictino español del convento de Sahagun en Leon, que murió en 1548, fué el primero que tuvo la idea de que los sordo-mudos, aunque privados de los órganos de la palabra y del oido podian recibir y transmitir ideas. La casualidad le habia proporcionado cuatro ilustres discípulos; eran los dos hermanos, y la hermana del cardenal de Velasco, y el hijo del gobernador de Aragon. El método que habia empleado y que desgraciadamente se ignora, pues no dejó ningún tratado sobre la materia, tuvo un éxito tal, que de todas partes acudieron á él discípulos de una clase inferior; entre estos últimos algunos hicieron tan grandes progresos, que sostenian en público discusiones sobre astronomía, física y lógica; tambien dicen los autores contemporáneos, que habrian pasado por gentes hábiles y sábias á los mismos ojos de Aristóteles. En el mismo siglo y hacia la misma época, es decir, de 1550 á 1576, un filósofo italiano llamado Gerónimo Cardán, se ocupó, pero secundariamente, de ésta empresa, y sus escritos son los primeros en que se encuentra consignada la posibilidad de enseñar á leer y escribir á los sordo-mudos.

En 1620, treinta y seis años despues de la muerte de Pedro Ponce y cuarenta y cuatro despues de la de Gerónimo Cardán, apareció en España un libro bajo el título de *Arte para enseñar á hablar á los mudos*. Era un francés, secretario del condestable de Castilla, que con el objeto de aliviar la posicion del hermano de este condestable, que quedó mudo á la edad de cuatro años, habia dirigido sus trabajos hacia este nuevo género de profesorado. En el libro que de él se conserva, y que hemos dicho es el primero, se atribuyó Pedro Bonet la invencion de su método; además, lo que es imposible negar, es que no haya sido el primero que ha introducido en su obra el alfabeto manual que adoptó despues con algunas modificaciones, el sábio y buen abate de l'Epée.

Hacia el año 1660 J. Waller, profesor de matemáticas de la universidad de Oxford intentó, hacer por Inglaterra lo que Pedro Bonnet habia hecho por España, es decir, poner á los sordo-mudos en estado de comprender los pensamientos de otro, y espresar los suyos por gestos ó por escrito. El mismo se felicita de su buen éxito en la carrera á que se habia consagrado, en una carta dirigida al doctor Veverley. «En poco tiempo, dice (1), mis discípulos habian adquirido mucho mas saber que lo que se pudiera suponer en hombres

(2) *Transacciones filosóficas de Londres*. Octubre de 1698. *Historia de la educacion de los sordo-mudos*.

de su posicion, y se hallaban en estado, si los hubiesen cultivado, de adquirir todos los conocimientos que se transmiten por la lectura.»

Algun tiempo despues, un médico suizo, llamado Conrado Amman, publicó un tratado titulado el *Surdus loquens*, y mas tarde una disertacion sobre la palabra, tratado que fué traducido al francés por Beauvais de Preau.

Al principio del siglo XVIII penetró la cuestion en Alemania. Xerger dirigió una carta con fecha de 1704 á Etmüller sobre la manera de instruir á los sordo-mudos. Setenta y cuatro años despues el elector de Sajonia fundaba una escuela en Leipsick, y nombraba su director de Kinsiken.

Entretanto se habia atrasado la Francia. El portugués Rodrigo Pereira, que se habia presentado en París como inventor de un nuevo método dactylógico, y que habia recibido del rey una pension y el título de secretario intérprete, ofreció vender el secreto de aquel método, pero habiéndose juzgado exorbitante el precio que pidió, se negó el gobierno á su compra. Rodrigo de Pereira no emprendió jamas la educacion sin haber hecho jurar antes á sus discípulos no revelar su secreto; que guardado religiosamente murió con él. Por esta época, una circunstancia casual reveló al abate l'Epée su método.

Habiéndole un dia llamado sus deberes de eclesiástico á casa de una señora que vivia en la calle de los Fosos de San Victor, encontró á sus dos hijas cosiendo, y notó que estaban tan profundamente atentas á su labor, que no levantaron los ojos al ruido que él hizo al entrar. Entonces el buen abate se aproximó á ellas, y las dirigió la palabra; pero fué inútilmente; las jóvenes parecian no oirle. No pudiendo creer que se burlasen de él, se sentó junto á ellas, y aguardó. Diez minutos despues entró la madre, y en dos palabras quedó todo explicado; las jóvenes eran sordo-mudas.

Aquel encuentro le pareció al abate l'Epée una revelacion del cielo sobre la cristiana senda que debia seguir; pidió permiso para encargarse de la educacion de aquellas dos señoritas, comenzada por el padre Vanin, y sin mas recurso que el de las estampas, pues no conocia ninguno de los métodos adoptados, comprendió su obra de paciencia y de caridad. Pero no queriendo atenerse á dos discípulas particulares, comenzó cursos públicos, llamando en su socorro á todas las inteligencias y pidiendo auxilio á los sabios de Europa en la tarea que habia emprendido.

Durante uno de estos ejercicios públicos, vino á ofrecerle un desconocido un libro español que trataba de la materia. El abate de l'Epée, que ignoraba la lengua en que estaba escrito, iba ya á rehusar aquella adquisicion, cuando abriéndolo á la ventura, vino á dar con el alfabeto manual de Pedro Bonnet gra-

bado en madera. Aquel libro era el arte de enseñar á hablar á los mudos.

Desde entonces el abate de l'Epée partió de un punto, y caminó hacia un resultado. De catorce mil libras de renta que tenia, no se reservó mas que dos para sus necesidades personales, y consagró el resto para las de sus discípulos. Por fin, despues de diez años de pretensiones al rey, Luis XVI concluyó por concederle de su bolsillo secreto una pension anual, y el uso de una casa contigua al convento de los Celestinos. Dos años despues de la muerte del abate de l'Epée, por los decretos de 24 y 29 de julio de 1794, se convirtió esta casa en Instituto Real. Años antes habia fundado Mr. Scher la escuela de Zurich que ibamos á visitar, y que está contigua á la de los ciegos, fundada por Mr. Faulk casi en la misma época.

En aquel momento habia en el instituto diez y ocho ó veinte sordo-mudos, de los que algunos, además del alfabeto manual, poseian tambien la reproduccion labial. Como este género de instruccion está poco adoptado en Francia, habiéndosele juzgado inútil, daremos algunos detalles sobre él á nuestros lectores.

La reproduccion labial es la facultad que adquieren los discípulos de leer sobre los labios de los que les hablan, y de repetir palabra por palabra las espresiones que estos han pronunciado. Nos presentaron á un muchacho de quince años, de mirada inteligente y rostro melancólico, quien al entrar volvió los ojos á su profesor, y luego, dirigiéndolos á nosotros nos dijo en francés, pero sin ningun acento: —Buenos dias, señores.

Dirigimosle entonces la palabra, y á todas las preguntas que le hicimos, nos respondió volviendo inmediatamente los ojos á su maestro, con aquel mismo tono dulce y monótono, sin ningun cambio de entonacion, cualquiera que fuese la diferencia en el pensamiento que espresaban sus palabras. Nos parecia aquello cosa de milagro, no era mas que simplemente mecánico. Leía la respuesta que debia darnos alto, en los labios de su maestro, que la decia enteramente bajo, y la reproducia con la mas grande exactitud.

Todavía, á pesar de esta esplicacion no dejaba la cosa de tener algo de asombroso. ¿Por medio de qué mecanismo se ha logrado hacer repetir á un autómeta sonidos que no oye, y que por consiguiente, su oido no puede juzgar? Pero á la evidencia, sin embargo, fué preciso rendirse. Nuestro joven mudo, reprodujo testualmente todas las frases que le dirigimos en francés, inglés ó italiano, pero siempre con el mismo tono monotonó y melancólico, semejante á un eco vivo y cercano; y tambien nos repetia lo que con la espalda vuelta á él dijimos delante de un espejo en el cual iba á buscar sobre la imágen de nuestros labios la sombra de nuestra palabra.

Cuando hubimos terminado con el mudo, se hizo llamar á un ciego: entró con su fisonomía despejada y esa espresion de bienaventuranza que se lee en el rostro de casi todos los desgraciados privados de la vista; era como el otro un jóven de catorce á quince años: llevaba en la mano un abultado libro, que fué á dejar sobre una mesa con la misma soltura en el andar que si viera perfectamente; despues llegado allí se volvió como por instinto hácia su maestro.

—¿Qué tengo que hacer? le dijo sonriéndose.

—Mi querido hijo, le dijo el maestro, aquí hay dos extranjeros, uno francés y otro inglés, que han oído hablar de nuestro instituto y vienen á visitarlo; ¿quieres leer alguna cosa?

—Con mucho gusto, dijo el niño.

—¿Qué libro traes?

—No lo sé, el primero que he tomado en la biblioteca.

—Mira el título.

El ciego abrió el libro, pasó su dedo sobre los renglones escritos en la primera página y respondió:

—Son las confesiones de San Agustín.

—¿En latín?

—Sí.

—¡Bien! lee algo á estos señores: en cualquier parte donde quieras, poco importa.

Salteó el niño unas cuarenta páginas, y luego buscando con el dedo un párrafo, leyó por espacio de cinco á seis minutos, siguiendo siempre con el dedo los caracteres, esto tan veloz como pudiera haberlo hecho con sus ojos.

Yo no sé de qué mecanismo se valen en París para los ciegos, pues no he visto nunca ningun instituto de este género, pero los de Zurich aprenden por un método tan sencillo como fácil. El papel está picado con un alfiler por un lado, de suerte, que las letras resaltan en relieve en el otro; pasando el dedo sobre este relieve, lee el ciego por el tacto, y reemplaza un sentido por el otro.

Nosotros mismos escribimos tambien con un alfabeto preparado para esta clase de ejercicios, muchas frases en diferentes lenguas, que el ciego leyó inmediatamente sin vacilar, pero conservando en todos los idiomas el acento alemán.

Terminada esta prueba le trajeron un papel de solfa escrita del mismo modo, y cantó varios cánticos de iglesia, y algunas canciones nacionales. En fin, volvimos á hacer con respecto á una canción la misma esperiencia que habíamos hecho con una frase, y la descifró á la primera vez, solfeando con ayuda de sus dedos siempre tan exacto cual hubiera podido hacer un músico profesor con la música que se le presentase por primera vez. Había pasado el tiempo con mucha velocidad, en medio de aquellos estudios tan nuevos para nosotros, y solo nuestro estómago había contado

las horas; sonó la de comer, y nos despedimos de nuestros mudos y de nuestros ciegos.

Al volver á la posada nos encontramos la mesa lista; despues de la comida, preguntamos al huésped si no había algun café en la ciudad, y nos respondió que había algunos, pero que si queríamos haría venir del mas inmediato todo lo que quisiéramos, y al mismo tiempo los periódicos ingleses y franceses que en él se recibían. Aceptamos.

Diez minutos despues nostrajeron el *Nacional* y el *Times*. Cada cual echó mano al suyo, nos arrellanamos en nuestras butacas, el codo sobre la mesa en que humeaba nuestro moka, y con los pies estirados hácia la chimenea, comenzamos á devorar nuestro pasto político con el ansia de viajeros privados de noticias hácia dos ó tres meses.

De repente, en medio de nuestra lectura lanzó sir Williams un grito angustioso. Me volví hácia su lado; le vi muy pálido.

—¿Qué hay? le dije, ¿qué teneis?

—Leed, me contestó alargándome el diario inglés.

Fijé la vista en donde me señalaba, y leí.

«Ayer 3 de agosto ha firmado el rey el contrato de boda de miss Jenny Burdett con sir Arturo Lesly, miembro de la cámara.»

Quise tratar de dar algun consuelo á sir Williams, pero interrumpiéndome y dándome la mano:

—Necesito estar solo, me dijo; no me atrevería á llorar en presencia vuestra.

Estreché la mano de aquel escelente é infeliz jóven, y me retiré á mi habitacion.

PROSPERO LEHMANN.

Al día siguiente á las siete, entró el camarero en mi habitacion y me entregó una carta de sir Williams: se excusaba de marcharse sin despedirse de mí, que decía tanto me había compadecido de sus dolores antiguos, pero temía cansar mi paciencia con sus nuevos dolores, y se marchaba para soportar él solo todo su peso. Estaba acompañada esta carta de un pequeño sello de oro que me suplicaba conservase en recuerdo suyo. Hice algunas preguntas al criado, pero no sabía nada mas sino que sir Williams había pasado una parte de la noche en escribir, y había hecho enganchar sus caballos á las tres de la mañana, y abandonado á Zurich.

Empleé el día en visitar la catedral, que dicen fué fundada por Carlo-Magno, el gabinete de historia natural, y el sepulcro de Lavater,

muerto, como se sabe, al querer sacar á un amigo suyo de manos de los soldados franceses que le maltrataban. Massena, que ha dejado en Zurich una reputacion sin mancha, hizo cuanto pudo, pero inútilmente, para descubrir al matador.

A las seis me embarqué en el lago. Recordaba la promesa que había hecho á Próspero Lehmann en el tiro de Sarnen, y como me hallaba bastante cerca de Glaris, pensé que era llegado el momento de cumplirla.

Para mí no hay nada mas encantador que el viajar por los lagos de Suiza en una hermosa mañana de primavera ó de otoño, sobre todo, cuando un poco de brisa dispensa á los marineros de servir de los remos; se desliza entonces la barquilla como por magia; y sin mas esfuerzos que los de un cisne al desplegar sus alas. Frecuentemente parece que son las orillas las que huyen y el barco el que permanece inmóvil. Hallábame yo tendido en la popa del mio con los ojos fijos en las nubes de la tarde, que se arrollaban y desarrollaban en fantásticas formas, en el fondo de las que iban naciendo unas tras de otras todas las estrellas del cielo: iluminábase al mismo tiempo la tierra. Los millares de casas diseminadas en ambos lados del lago, rodeadas de cercados de viñedos, encendían sus fanales nocturnos, y como el lago reflejaba á la vez las luces de la tierra y las luces del cielo, parecia que la barca flotaba en el éter. Poco á poco se fueron confundiendo á mi vista todos los objetos de aquel gran espectáculo; mi pensamiento dejó de conservarlos en el lugar que los había fijado la naturaleza. Vi edificarse palacios en el cielo, nubes bajar á la tierra, estrellas desfilan en el fondo del lago, y me dormí esperando arribar durante mi sueño al puerto de algun mundo desconocido.

Despertéme helado: abrí los ojos: ya no había cielo, ni estrellas, ni casas; no quedaba de todo aquello mas que el lago muy agitado, las nubes desgajándose en lluvia, y una brisa del Norte que felizmente nos empujaba hácia Rapperschwyl, á donde llegamos en muy lamentable estado sobre las diez de la noche.

Felizmente, la posada del Pavo Real á que fuimos á parar, es una de las buenas posadas de Suiza; allí hallamos buena cama, buena lumbre y buena cena; era mas de lo que necesitábamos para reponernos. Pregunté á mi huésped si podría proporcionarme para el día siguiente un cabriolé y un caballo para ir á Glaris. Consultó aquel un instante con una especie de mozo de cuadra que ponía lumbre en sus zuecos para calentarse los pies, y el resultado de la consulta fué que tendría lo que deseaba.

Como lo que tenía que ver en Rapperschwyl, á saber, las torres y el puente, no podía verse mas que á la luz del sol; en atencion á la tempestad que continuaba, ni siquiera había luna, me despedí de la concurrencia que eran

labradores que hablaban de granos y de ganados, y me marché á acostar.

Al día siguiente, el tiempo no estaba aun seguro, sin embargo, se había echado el viento, el aguacero de la vispera se había convertido en una lluvia menudita que en rigor no impedía ver los objetos, de modo que me dirigí hácia el puente que hay sobre el lago, y que es la primera maravilla del pueblo.

Fué construido en 1358 por Leopoldo de Austria, que habiendo comprado el viejo Rapperschwyl y la March, quiso establecer una comunicacion entre la villa y la orilla izquierda del lago. Resultó de esta ducal voluntad, un puente de madera descansando sobre ciento ochenta pilares y cuya longitud es de mil setecientos cuatro pies, que con el reloj en la mano, tardé en andar veinte minutos.

En el camino de este puente es de donde se ve á Rapperschwyl bajo su aspecto mas pintoresco: sus torres góticas le dan un cierto aire formidable, que no deja de ser imponente, y que completa la poterna baja y abovedada que forma una de las puertas del canton de San Gall.

Al volver á la posada encontré dispuesto el desayuno y el cabriolé: devoré velozmente el uno y salté inmediatamente en el otro. Nuestro conductor se sentó en las varas y salimos á todo escape del caballo; que aunque al parecer no estaba muy acostumbrado á la profesion de caballo de tiro nos llevó sanos y salvos á Vesen, en donde nos paramos á pasar la tarde y la noche.

Salimos al día siguiente muy temprano, dejando el lago de Wallenstadt á la izquierda, y siguiendo el camino que hay á orillas del Linth. Al cabo de una media hora de marcha casi, me quedé dormido muy santamente leyendo la historia del Vallés del padre Schkinner, y no sé cuanto tiempo hacia que duraba mi sueño, cuando me desperté sobresaltado por un vaiven del carruaje, y por los alaridos de Francesco. Abrí los ojos, el conductor no estaba en las varas, nuestro cabriolé caminaba como el viento entre un precipicio de mil quinientos pies de profundidad y una montaña casi cortada á pico: nuestro caballo se había desbocado, fatigado de arrastrar el carruaje á que no estaba hecho: al menos esto comprendí por sus relinchos.

La situacion era bastante precaria, nuestro conductor al abandonar su puesto había soltado tambien las riendas, iban arrastrado por el suelo, enredándose en las piedras, ocasionando á cada enredo vaivenes no muy seguros en un camino de doce pies de ancho á lo mas. Volver á coger las riendas con la mano era imposible, pues á cada momento las patas del caballo hacían relucir las herraduras á diez ó doce pulgadas de nuestras caras; saltar del cabriolé era cosa impracticable, pues á la izquierda, arrastrados por el impulso, rodábamos inevitablemente al precipicio, y por la dere-